



HAMBRIENTA

LENA LUXE



# Contenido

[CRÉDITOS](#)

[Trigger](#)

[Sinopsis](#)

[HAMBRIENTA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Contacto](#)

[Otros títulos](#)

[Recomendaciones](#)

[Recomendaciones](#)

## **HAMBRIENTA**

Primera edición: Mayo 2024

Copyright © Lena Luxe, 2024

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Los relatos de Lena Luxe incluyen contenido de carácter sexual y lenguaje explícito.  
**Son solo para adultos.**

## **SINOPSIS**

Rosa vuelve de un viaje de negocios un viernes, agotada y con ganas de encerrarse en casa durante todo el fin de semana, solo para descubrir que su nevera está casi vacía.

Ajena al resto de sus deseos, decide pedir comida a domicilio en una popular app de comidas. Un sexy y apuesto repartidor la sorprende al abrir la puerta. Salta la chispa entre ellos y, si se hubiese quedado un rato más, probablemente también la alarma anti incendios.

Temblorosa de deseo, Rosa se pregunta si debe repetir al día siguiente, y dar un paso más allá en aquella conexión imposible.

Él, Hugo, está dispuesto a alimentarla...siempre que ella quiera.

**HAMBRIENTA**

LENA LUXE

## CAPÍTULO 1

Volvía a casa después de una semana agotadora de viaje de negocios. Seis días en Múnich que habían puesto a prueba mi paciencia: reuniones a todas horas, un inesperado frío polar que no encajaba muy bien con la ropa que llevaba en la maleta y esa penumbra eterna del centro de Europa que casi te entierra entre tinieblas.

Por suerte había dejado todo eso atrás. Las luces tenues de mi apartamento me daban la bienvenida y por fin podía apreciar el silencio. No hay nada como estar en casa, eso es así.

Dejé mi maleta en la entrada y me deshice de los tacones, lanzándolos con un suspiro de alivio y placer. Mis pobres pies necesitaban el confort de unas zapatillas y un poco de descanso. Una tregua.

Un rápido vistazo a la cocina me recordó la desoladora verdad: la nevera estaba tan vacía como mi agenda de citas para el fin de semana.

Un paquete de queso endurecido y algunas verduras marchitas eran todo lo que me saludaba desde las estanterías. Arrugué la nariz, preguntándome cómo podría sobrevivir otro día con esa escasez de provisiones.

Mi mente comenzó a divagar mientras consideraba mis opciones para cenar. ¿Debería intentar cocinar algo con los pocos ingredientes que tenía a mano o simplemente pedir algo para llevar? La idea de enfrentarme a una cocina desierta y una despensa vacía después de un día largo y agotador, con aventuras varias en el aeropuerto, no me atraía lo más mínimo.

Tras un largo suspiro de desaliento, busqué mi teléfono en mi bolso y comencé a buscar aplicaciones de reparto de comida. Después de unos minutos de indecisión, encontré una que ofrecía una amplia variedad de platos deliciosos. Mi estomago casi rugía de hambre al deslizar los menús con impaciencia.

Finalmente, decidí pedir sushi. Unos rollos de salmón y aguacate me sonaban a bálsamo perfecto. Presioné el botón de “pedir” y me hundí en el sofá, esperando con ansia el timbre de la puerta y el aroma tentador de la comida recién preparada.

Fue rápido.

Por suerte.

¿Quince minutos, tal vez?

El timbre sonó y salté del sofá para abrir la puerta, dispuesta a hacer un esfuerzo para esbozar mi última sonrisa del día y, tal vez, del fin de semana. No tenía previsto salir hasta el lunes más que para hacer una visita de rigor al supermercado. Ya había tenido demasiada interacción con el mundo esa semana.

Y sin embargo, lo que encontré al abrir la puerta me dejó sin aliento.

Un tío joven y apuesto, con una bolsa de comida en la mano, me miraba con una sonrisa encantadora. Sus ojos oscuros chispeaban con una mezcla de diversión y complicidad que me dejó temblando ligeramente.

—Buenas noches. ¿Eres Rosa? ¿Tengo la dirección correcta?

Su voz era suave, con un ligerísimo acento extranjero que le daba un plus de encanto.

—Así es —contesté, luchando por mantener la compostura—. Soy yo. Gracias por la entrega.

Él asintió con una sonrisa y entonces noté cómo sus ojos me repasaban de arriba a abajo. Sus mejillas bronceadas se cubrieron de un ligero rubor. Me extendió la bolsa y nuestros dedos se rozaron.

*Es todo tan ridículo, pensé. ¿Te gusta este crío, Rosa? Podrías invitarlo a pasar...*

Enseguida corregí mis traviosos pensamientos. *Seguro que está ocupadísimo y tiene otra entrega.* Es un viernes por la noche, hora de cenar...

Y aún así, no parecía tener ninguna prisa.

Seguía de pie, frente a mi puerta.

—Espero que disfrutes de la cena —dijo, mirándome con una expresión juguetona.

El olor del sushi empezaba a apoderarse de la entrada de mi apartamento y mi estómago emitió otro gruñido ansioso.

Sonreí.

—Estoy segura de que estará delicioso. Gracias de nuevo por traerlo.

Entonces él se inclinó ligeramente hacia mí. Sus ojos centelleaban y esa cercanía me hizo temblar.

—Ha sido un placer. Si necesitas algo más, no dudes en llamarme.

Antes de que pudiese responder, se dio la vuelta y salió corriendo escaleras abajo, dejándome con aquella dosis descomunal de sushi y un torbellino de emociones confusas.

¿Qué acababa de pasar allí?

¿Por qué me sentía tan atraída por un simple repartidor de comida?

Sacudí la cabeza, tratando de desprenderme de aquellos pensamientos mientras me preparaba para disfrutar de mi cena solitaria.

Pero en cuanto me senté de nuevo en el sofá entendí el motivo de su extraño interés.

Mi escote era claramente visible.

Mi pecho abundante me había jugado, una vez más, una mala pasada, revelando mucho más de lo que me hubiese gustado.

*Te ha visto todo. Se ha puesto las botas. Y ese es el motivo por el que no puedes llevar camisas,* me reprendí a mí misma.

Me abroché los dos botones que se habían desprendido a toda prisa, como si hubiese algún extraño más en la soledad de mi salón. Estaba abochornada y excitada.

Cuando terminé la cena y me fui a la cama, mi último pensamiento fue para ese enigmático y sexy repartidor.

Me preguntaba si volveríamos a vernos y si había algo más que pudiese resetear esa chispa entre nosotros.

## CAPÍTULO 2

Al día siguiente era sábado y como bien había planeado, —como regalo a mí misma—, me dediqué a no hacer nada durante buena parte de la mañana.

Después de mi encuentro con el irresistible repartidor de comida, me encontré entre mis sábanas, pensando en él más de lo que me gustaría admitir. Su sonrisa juguetona y sus ojos penetrantes seguían apareciendo en mi mente, como un eco constante.

Me quedé un buen rato en la cama, recreándome en situaciones que no habían pasado y que tal vez nunca sucederían. Recordé cómo repasó mi escote sin mucho disimulo. Sentí un súbito ramalazo de pudor y hundí mi cara en la almohada. Estaba excitada. Me tumbé boca abajo y empecé a moverme, estimulando mi clítoris. Llegué al orgasmo en apenas un minuto.

En cuanto terminé supe que aquello había desatado mis ganas de sexo. Hacía meses que no estaba con nadie.

Después decidí que necesitaba una distracción. Eché un vistazo a mi mesita de noche. Allí tenía el ordenador portátil. Lo abrí y lo que iba a ser pasar un rato perdiendo el tiempo en Internet, mirando fotos en redes sociales y algunos vídeos en YouTube pronto me catapultó hasta el trabajo.

De repente estaba revisando el correo electrónico, atendiendo “urgencias” de mi jefe y añadiendo a mi agenda los contactos que había hecho en Múnich. Nada que no podría haber hecho el lunes a primera hora. Mirar el e-mail de trabajo en fin de semana es una mala costumbre, pero al menos mantuve mi mente ocupada y alejada de pensamientos *peligrosos*.

Y así pasé el resto de la tarde.

Pero incluso el trabajo más absorbente no podía competir con el hambre que seguía creciendo en mi interior. Mi cena solitaria de sushi había sido deliciosa, pero ahora mi estómago gruñía de nuevo, exigiendo más que simples bocados de pescado y arroz.

Era evidente lo que iba a hacer. Quería verlo de nuevo y comprobar si no había alucinado. Si aquella supuesta conexión era solo producto de mi imaginación agotada.

Volví a sacar mi teléfono y me sumergí en la búsqueda de otra cena tentadora en la misma *app*. Esta vez, opté por comida italiana, imaginando los sabores ricos y reconfortantes de la pasta y la pizza. No podía saber si vendría él. Lo más probable era que no. Quiero decir, ¿qué posibilidad hay de que me tocara el mismo repartidor?

Aún así, quería jugar. Quería tentar la suerte.

Seleccioné unos apetitosos *rigatoni* en la misma aplicación y finalicé el pedido.

Mientras esperaba la llegada de mi segunda cena a domicilio, decidí darme una ducha rápida. El agua caliente fue como un bálsamo para mis músculos tensos, así que me recreé en la sensación de relax que se extendía por todo mi cuerpo.

Cuando salí de la ducha, envuelta en una toalla suave, el timbre sonó, anunciando la llegada de mi comida. Rápidamente, me apresuré a vestirme y corrí hacia la puerta. Mi estómago protestaba. No había salido a hacer la compra y no había comido en todo el día.

Al abrir la puerta, me encontré con el mismo repartidor que me había entregado el sushi la noche anterior. Sus ojos se iluminaron al verme, y una sonrisa traviesa curvó sus labios.

—¡Hola de nuevo! —dijo, extendiéndome la bolsa de comida con una mirada juguetona—. Parece que nos hemos encontrado otra vez.

Asentí, luchando por mantener la compostura mientras recogía mi pedido de sus manos.

—Sí, eso parece. ¿Esta es tu zona?

Él se encogió de hombros y me ofreció una sonrisa.

—Algo así. O a lo mejor es que quería volver a verte.

Esas palabras me arrancaron un escalofrío de pura excitación, y entonces me di cuenta de que no era solo el hambre lo que me estaba haciendo temblar. Había algo en la forma en que me miraba, como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—¿Puedo entrar? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia mí.

*Atrevido, pensé. Muy atrevido.*

Entonces vi que llevaba una segunda bolsa.

Antes de que pudiera contestar, habló de nuevo:

—He acabado mi turno. Y en cuanto he visto la notificación con tu pedido he pensado que tal vez querrías un poco de compañía esta noche.

Dudé un instante.

Era un desconocido. (Y eso lo hacía todo si cabe más excitante).

Hacía muchos años que no hacía locuras de ese tipo y generalmente soy prudente. Sobre todo porque he aprendido a confiar en mi intuición, que no suele fallarme. No era que temiese una situación potencialmente peligrosa. Era solo que no sabía a qué podía conducirme invitar a pasar a un hombre de que no sabía...ni su nombre.

—Soy Hugo —me dijo—. Creo que no me he presentado.

*Suficiente, pensé.*

Y me aparté lo justo para que pasara pero también para que nuestros cuerpos se rozasen un poco.

## CAPÍTULO 3

Mientras cenábamos un delicioso plato de pasta y una *burrata* vi que se fijaba en mi pelo húmedo.

—Supongo que habrás alucinado con mi atrevimiento. Es la primera vez que hago esto.

—Yo también —contesté, sonriendo, pero porque de repente me di cuenta de que no quería que pensara que siempre estaba en casa sola, un sábado por la noche, sin compañía masculina, y literalmente dispuesta a dejar entrar a cualquiera que se dejase caer.

*¿Qué más da lo que piense, Rosa?*

*La única realidad es lo caliente que estás. Caliente y húmeda, y no solo por la ducha. Y él lo sabe.*

Además, era como si aquel plato de pasta tuviese un condimento especial y secreto que hacía que me excitase aún más. Y a esas alturas ya sabía muy bien que no era por aquel hombre, —Hugo—, en sí, si no por la situación potencialmente placentera que yo misma había propiciado.

Miró las paredes, supongo que buscando pistas ocultas sobre la mujer que lo había invitado a pasar.

—¿Tienes planes esta noche? Para el resto de la noche, me refiero.

Aproveché su pregunta para dejar claro que no era una ermitaña que desaprovechaba los fines de semana:

—Casualmente, no. He estado fuera, de viaje, los últimos días, por trabajo. Llegué ayer mismo. Así que me apetecía estar en casa y poner un poco de...orden aquí.

Él bebió un poco de vino blanco del que, por suerte, sí había algunas reservas en la cocina. Y además, se había enfriado a tiempo.

—¿Dónde has estado?

—Alemania.

No fui muy específica a propósito. En aquellos quince minutos, en los que ya habíamos dado buena cuenta de la deliciosa cena que Hugo había traído, yo ya había decidido lo que iba a pasar. Y explicarle todo sobre mí no estaba entre mis planes.

—¿Y a qué te dedicas?

Dios, odiaba esa pregunta. No soy alguien a quien le guste mucho definirse por su trabajo que, además, es aburrido. Estuve a punto de contestar la verdad:

*Básicamente me dedico a mandar emails y a reunirme con gente durante horas sin llegar a ningún puerto. Algunas de esas reuniones son en países extranjeros que jamás tengo tiempo de disfrutar.*

Pero todo eso era irrelevante, así que lo resumí mucho más:

—Marketing.

—Oh. Yo estudio Derecho.

Parpadeé, y creo que me eché un poco hacia atrás en la silla.

—¿Estudiante?

No quería decir que parecía un poco mayor para eso, tal vez rondaba la treintena, pero ¿qué se yo?

Se encogió de hombros.

—Lo dejé y ahora lo he retomado. Aunque repartir comida a domicilio me gusta...más de lo que había pensado.

Eso me interesaba un poco más.

—¿Por qué?

—Me gusta ir en moto por la ciudad, de noche. No requiere mucho esfuerzo. Mientras pienso en mis cosas, y a veces, muy pocas, me encuentro con una mujer como tú.

—Oh...

Apartó el plato y se acercó un poco más a mí, sobre la mesa.

—No he podido dejar de pensar en ti desde que vine anoche y me ofreciste...esa vista tan especial.

Señaló a mi escote. Volvía a llevar una blusa delicada pero de una talla superior a la mía, cosa que me ofrecía más libertad de movimientos.

Estuve a punto de decir que yo también, pero me contuve. Quería que siguiese hablando, que confesara como si yo tuviese que expiar todos sus pecados.

Me desabroché un par de botones, repitiendo el mismo espectáculo de la noche anterior.

—Eso es...—dijo.

Por fin, por fin poníamos punto y final a toda la cháchara insustancial.

—¿Quieres verlas mejor?

—¿Acaso lo dudas?

*Nadie puede saber esto jamás*, me dije. *Es tan impropio de mí*.

Me desabroché la camisa por completo. No llevaba sujetador pero desde el otro lado de la mesa no se veía nada...aún.

Supongo que su imaginación voló de tal manera que se levantó de la silla al instante, como si levitase.

Se colocó detrás de mí, de pie y mientras yo aún seguía sentada deslizó su mano por la abertura de mi camisa. Automáticamente mis piernas se abrieron, suplicando en silencio que llegase hasta allí.

Hugo empezó a tocarme las tetas. Primero con una mano, después con las dos. Se entretuvo con mis pezones, y eso hizo que mi cuerpo se desplegasen aún más. Eché el cuello hacia atrás y cerré los ojos.

—Quiero alimentarte todas las noches, Rosa. Quiero traerte comida y verte mientras comes. Y si me permites, dártela yo mismo, con el tenedor. Pareces hambrienta. Me encanta ver cómo lames los cubiertos, cómo los dejas relucientes...

Gemí cuando bajó su mano hasta mi coño y buscó mi clítoris encima de la mínima tela que lo cubría. Me había puesto un pantalón corto de seda, algo totalmente inadecuado para recibir a un extraño en casa.

Pero ya no era un extraño, porque estaba activando cada uno de mis mecanismos de placer.

Decidí dar rienda a todos mis impulsos, hacer lo que me apeteciese en cada momento. Aquel era mi territorio y solo seguía mis normas.

Le bajé la cremallera y saqué su polla.

—No he traído postre pero...

Se calló en cuanto me la metí en la boca. Sus manos se detuvieron, incapaces de reaccionar a las sensaciones que mi lengua ya le estaba proporcionando. Empecé a lamer, primero despacio, y en cuanto comprobé que aquello me excitaba aún más, permití que me sujetara la cabeza a ambos lados y me follase la boca. Sentí la cabeza de su miembro al fondo de mi garganta, llenando la cavidad por la que él mismo pretendía alimentarme.

—Ughhhh —gimió—. Esto es...demasiado.

La sacó y la paseó por mis pechos, ya del todo expuestos, restregándomela. Me cogió de la mano y me puso de pie, y en ese momento todos mis problemas en este mundo habían desaparecido y lo único que me importaba era dónde y cómo iba a follarme el repartidor de comida a domicilio.

## CAPÍTULO 4

—Hambrienta —repitió—. Hacía mucho tiempo que no veías una así, ¿verdad?

Asentí.

No quería mentir con mis palabras, quería formar parte de su juego depravado.

Mi cuerpo sí que no mentía. Miré a mi alrededor.

La cama era convencional, no quería bajo ningún concepto que fuese allí. Además, para mí era un espacio demasiado personal, casi sagrado, y no quería alterarlo con una presencia ajena.

Busqué un punto de referencia en el mismo salón, cien por cien consciente de que siempre que mirase hacia ese lugar me vería a mí misma, degradada, muerta de placer y deseando que aquel tipo me poseyera de una vez.

Cómo si tuviese algún poder por encima de mi deseo...

—Abre un poco las piernas —me indicó, colocándose de nuevo detrás de mí.

Allí de pie, con él a mi espalda, me entregué de nuevo a sus incontrolables brazos, que se movían sobre mi cuerpo a su antojo, tocando allí donde le placía y acertando en todo momento.

—Anoche te masturbaste, ¿verdad? —me preguntó.

—Ahá.

Eché la cabeza hacia atrás y me dejé llevar por su sucio vocabulario. Estaba casi en trance. Cogí su mano y la llevé de nuevo hacia mi coño. Él por suerte, empezó a acariciarlo y masajearlo, a buscar la entrada con sus dedos. Para eso se tuvo que agachar un poco, pues Hugo era bastante más alto que yo.

Me metió un dedo. Y al ver que yo gemía y me retorcía, y que mis piernas flaqueaban, intentó deslizar un segundo dedo. Eso era más difícil.

—Oh, dios, qué estrecha estás...Deliciosa. Cómo voy a disfrutar...

Su polla seguía por allí revoloteando, muy al alcance de mi mano. La agarré al vuelo y apreté, moviendo mi mano arriba y abajo. Estaba caliente y resbaladiza, y cuando llegaba a la punta mis dedos quedaban pringosos, recogiendo los primeros fluidos que emanaban de su interior.

En ese momento pensé en algunas de mis amigas y en cómo alucinarían si se enterasen de esta extraña aventura. *Impropio de ti*.

Hugo llevó esos mismos dos dedos hasta mi boca y los metió dentro. Los saboreé, me paladeé a mí misma en su piel y él disfrutó como un loco siendo testigo de ello.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Yo también quiero probarlo.

Se arrodilló en el suelo, en mitad de mi salón, y encajó su lengua en mi coño, hurgando todos mis pliegues, recorriéndolos con sus dedos también, comprobando hasta qué punto podían expandirse. Entendí que allí no había concesiones, que después se iría y no lo vería nunca más, ni siquiera aunque utilizase aquella maldita app de comida.

O a lo mejor me equivocaba.

Me comió durante un buen rato.

—Rosa...—susurró mi nombre.

Se puso en pie.

Me habría gustado que siguiese, pero sabía muy bien que estaba al borde del orgasmo y necesitaba esa polla dentro de mi cuerpo.

—Ven aquí —dijo.

Me llevó hasta mi carísima cocina de diseño. A veces me preguntaba por qué había puesto tanto empeño decorativo en la habitación de la casa que menos utilizo. Allí tenía una isla rodeada de cuatro taburetes que rara vez se ocupaban.

Hugo cogió mis manos por la espalda y me hizo extenderlas sobre la superficie fría del mármol.

—Eso es. Quédate ahí. Quieta.

No sé de dónde había sacado tanta seguridad de repente, no la había mostrado en nuestra conversación de repente. Supongo que había intuido que para mí, perder el control y encontrar el placer en esa ausencia significaba automáticamente cedérselo a un hombre.

Se quitó la camisa.

Había músculos bien definidos debajo. Aquel hombre de repente era un misterio que me leía la mente.

—Apaga esto, Rosa, me dijo —acariciando mi sien—. Necesito tenerte ya. Supongo que quieres esto, ¿no? Ya que hace un rato que no lo sueltas.

—Sí. Aquí, por favor.

Era incapaz de ser más explícita porque me estaba consumiendo el escozor, el clímax que casi me había desbordado cuando me había comido con total fruición, como si fuese el mejor plato que había probado nunca.

Entendió a la perfección lo que quería.

Que me follase.

Que me follase viva y que después me abrazara durante veinte segundos y me dejase sola con mi conciencia y mi cama.

Puso su polla entre mis piernas y la paseó por mis nalgas rebosantes, impregnándolas de sus propios jugos. Empezó a encajarla en mi coño. Al principio encontró cierta resistencia, pero era cuestión de segundos para que, con lo excitada que estaba, se deslizase hasta el fondo con total facilidad.

Y así lo hizo. Me sujetó por las caderas y me penetró, al tiempo que yo me retorecía, gritaba de dolor y placer y él trataba de domesticarme.

—Shhhhh. Tranquila...Eso es...Te gusta, ¿verdad? ¿La sientes?

—Síiii.

Se quedó quieto. Noté cómo crecía un poco más en mi interior.

Me abrazó y de espaldas a mí, empezó a jugar de nuevo con mis pezones. No me había quitado la camisa, así que entendí que era de esos hombres a los que le gustaba un poco “entrever”.

Mientras se movía, sacándola un poco para después inundarme de lleno, se acercó un poco a mi oído. Me retiró el pelo húmedo que caía, no sé si aún mojado o ya sudoroso, y me habló del futuro y de sus servicios.

—Si esto era lo que querías, que te follase como es debido, deberías habérmelo dicho ayer mismo, Rosa. Voy a estar siempre a tu disposición. Te lo he dicho antes, pero quiero que tomes

buena nota de esto: voy a traer siempre tu cena. Siempre que tú me lo pidas. Y después voy a follarte, voy a hacer que te corras varias veces y me iré por donde he venido. Siempre que tú quieras. Siempre que me llames, y aunque deje de trabajar para esa empresa de reparto. Seguiré viniendo si quieres esto.

Se detuvo un momento.

Me acarició el clítoris, inflamado, y lo estimuló a toda prisa. Empecé a notar los espasmos que anticipaban el orgasmo más fuerte que pudiese recordar. Y el muy cabrón se dio cuenta.

Y se detuvo.

La sacó.

Casi grito de la frustración, pero él se rio.

—En el suelo —dijo, jadeando—. A cuatro patas.

Buscó mi aprobación en la mirada, pero yo ya tenía los ojos entrecerrados, estaba en el más intenso de los trances y por supuesto que iba a tirarme al suelo y comprometer mis rodillas a cambio de correrme. Había llegado muy lejos, aquel hombre me había alimentado y después se había alimentado él, de mi cuerpo y de mi deseo.

Me arrodillé junto a uno de los taburetes, Apoyé las manos en el suelo y lo esperé impaciente. Estiré mi culo desnudo hacia atrás, ofreciéndoselo, buscándolo con mis caderas.

No me importaba en absoluto lo que pensara ni si aquella promesa vacua que acababa de hacerme, que no tendría que preocuparme nunca más de mis cenas, era una burda mentira, producto del soberano calentamiento que nos estaba sobrepasando.

Hugo me montó desde atrás y empezó a penetrarme a toda velocidad. Busqué el punto justo, la inclinación correcta de mi cadera para que su miembro, al entrar y salir de mi coño, entrase en contacto con mi clítoris.

Empezó de nuevo con su frenético mete-saca.

—Ahhhhhh. Oh, dios. Me corro. ¡Me corroooooo! —grité.

Me desplomé en el suelo, conteniendo las sacudidas, las palpitaciones que me habían hecho perder la compostura y el equilibrio. Me abandoné a mi propio suelo, lo vi de cerca, lo acaricié.

Noté como su polla se tensaba de nuevo en mi interior.

—Ughhhhh, Rosa. Voy a correrme. No puedo más. Es demasiado...¿Dónde?

Me salí de él y me arrodillé de nuevo, esperando no tener que pedírselo.

Jamás había hecho algo así.

No soy precisamente una puritana, a los hechos me remito. Pero ansiaba que el repartidor se corriese encima de mí, que marcara aquel acto como algo primal y, sobre todo, sucio. Que alejase de inmediato cualquier cena futura, cualquier tontería romántica como *te voy a alimentar todas las noches, siempre que así lo requieras*.

Derramó su semen abundante, espeso y caliente sobre mis labios, mis mejillas y mi pecho.

Me quedé allí unos segundos, recreándome en mi orgasmo, convertido en marea retirándose poco a poco de una playa desierta.

Él me sonrió y se vistió despacio.

Agradecí al universo que no alargase aquello, porque yo ya estaba saciada. Mi estómago, lleno.

Mi repartidor se fue por donde vino, no sin antes dejar sobre el mueble del recibidor una tarjeta con su nombre y su número de teléfono directo.

—Lo decía en serio. Vendré siempre que quieras. Solo de noche, a la hora de la cena. Después me iré.

Sonreí, satisfecha. Tenía lo que quería y, aunque pensé en destruir aquella tarjeta porque no podría sostenerle la mirada desde el momento en que me despertase, finalmente decidí guardarla. Siempre podía volver a tener hambre.

Haz clic en **“SEGUIR”** en [mi página de autora de Amazon](#) para recibir notificaciones sobre mis nuevos relatos.

También puedes apuntarte a mi lista de correo [aquí](#).

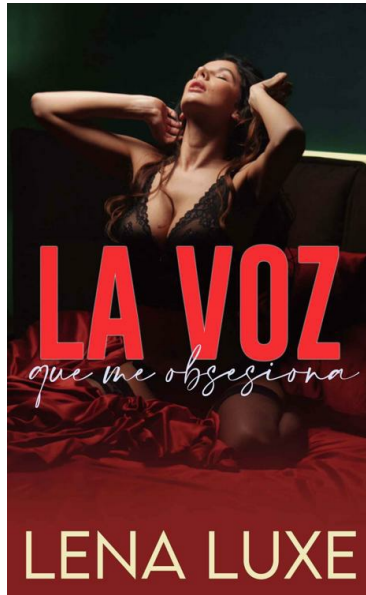
E-mail:  
lenaluxeautora@hotmail.com

**Títulos disponibles hasta la fecha:**

El desconocido del metro  
A solas con el director  
Doble deseo  
El hijo de mi mejor amiga  
Homeless  
Atraída por el profesor  
Final feliz  
Por fin sola con el comandante  
Visita a la mansión  
A oscuras  
La mecánica del deseo  
Juegos en la oficina  
Inquilina irresistible  
Una cita inolvidable  
La voz que me obsesiona  
Crónicas Vixen: Historias 1 - 5 (recopilación)  
Crónicas Vixen: Historias 6 - 10 (recopilación)

## ÚLTIMOS RELATOS

### [LA VOZ QUE ME OBSESIONA](#)

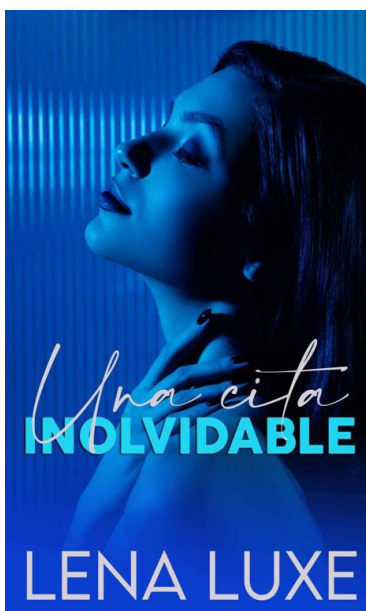


Rebeca escucha todas las noches el mismo programa de radio, uno de esos espacios donde la gente llama para confesar sus secretos y todo aquello que no le deja dormir.

Pero ella no deja de pensar en la voz de Axel, grave y profunda. Es el presentador del programa y no tiene ni idea de qué aspecto tiene. Una noche decide llamar y eso desata su obsesión.

Rebeca no se conforma con una breve conversación en las ondas, así que decide visitarlo en la emisora de radio. En mitad de la noche, con muy poca ropa debajo de su abrigo.

## UNA CITA INOLVIDABLE



Marta decide salir de su rutina y atreverse a tener una cita online. Se descarga una app de encuentros y muy pronto da con un match prometedor.

No pierden demasiado el tiempo. Quedan esa misma tarde para tomar algo en un bar del que nunca había oído hablar. Pero la desilusión de Marta se manifiesta cuando ve que el hombre que tiene ante ella no le interesa nada.

Sin embargo, hay alguien más en ese bar que sí llama poderosamente su atención.

Y ese alguien está dispuesto a que su tarde dé un giro de 180 grados...